

ALGUNOS RELATOS DE LOS EMBERA CHAMÍ DE RISARALDA, CONTADOS POR CLEMENTE NENGARABE SIÁGAMA

Introducción

Cuando en 1978 se me propuso la publicación de algunos relatos que recogí de labios de Clemente Nengarabe, en el Chamí, me resultaba obvio que debían aparecer a su nombre, siendo mi papel el de simple recolector. Sin embargo, no resultó tan obvio para Colcultura y/o para el compilador de la publicación, y fue impensable que un indio apareciera como autor; como concesión, se aceptó que unos pocos datos biográficos de Clemente aparecieran al lado de los de los demás autores. Sea esta la oportunidad para devolver a Clemente la autoría de estos relatos que escuché en su voz hace más de 40 años, voz que todavía resuena en mi cabeza cuando los leo.

Clemente nació en Purembara, Risaralda y durante décadas fue gobernador del grupo indígena chamí de esta región, hasta que el proceso de organización de este hizo que fuera reemplazado por un cabildo y su gobernador. Jaibaná, sabio y gran contador de las historias propias, es el "responsable" de las historias que aparecen a continuación.

Ubicados en curso superior del río San Juan, zona noroccidental del departamento de Risaralda, municipios de Mistrató y Pueblo Rico, los aproximadamente 3.000 chamí son en realidad el resultado de la confluencia territorial de varios grupos de diferente origen, pero todos ellos con una anterior base lingüística y cultural común.

Provenientes unos del Choco, otros de regiones diversas de Risaralda y Caldas, conservaron durante decenios, y pese la vecindad, su aislamiento relativo entre sí.

El establecimiento en Purembará, centro de la región, de una misión católica por los años 30 del siglo pasado, y el desarrollo por parte de esta de un amplio conjunto de actividades económicas, educativas, religiosas, etc., fue la base a partir de la cual la dominación de la sociedad colombiana sobre estos grupos creó, al mismo tiempo, lazos crecientes entre ellos.

También fue ella la que facilitó la penetración amplia de colonos, primero, y terratenientes, luego, que se apropiaron rápidamente de la mayor y mejor parte de las tierras indígenas, integrándolos cada vez más a una economía de trabajo asalariado y mercado. También ha sido ella la piedra angular del proceso intenso de negación de las peculiaridades culturales de los indígenas.

La antigua autoridad político-religiosa del Jaibaná fue, así, eliminada, y una nueva, la del misionero, se impuso sobre las comunidades, desvirtuando por completo sus anteriores formas de vida y abocándolas a una rápida extinción tanto cultural como biológica, como que los chamí han perdido una gran parte de su población.

Un resultado de esto ha sido la suspensión de la trasmisión de la tradición oral a las nuevas generaciones. Así, unos pocos viejos son los últimos detentadores de ella. Uno de ellos es Clemente Nengarabe.

HISTORIA DE LA CULEBRA *JEPÁ*

Es cuento que cuentan los de antigua, mayores que nosotros. Me contó uno que como yo mismo era viejito, que llamaban Paulino Viejo y vivió en esta región del San Juan. Entonces yo estaba por lo menos de 15 años. Los mayores contaban eso; yo atendía cerca. Contaban así: ese cuento, quién sabe si será verdad.

Él contaba: "Que había un hombre muy viejo; ese también era *Jaibaná*", dicen. Él decía que era un *Jaibaná*, era muy salvaje; anteriormente no sabían nada.

Dicen que en la noche soñó un sueño, un sueño como arrajando leña con la señora. En el sueño de noche lo soñó; parece como de día y fue sueño. Soñó: así entre la rastrojera se chilló, como un animalito que chillaba, chillaba, como silbando, así: "bi, bi, bi".

Y entonces, a la mañana, el hombre, que llamaba Aba Bibisamá, le contó a la señora: "Vea, viejita, ¿qué va a aparecer hoy? Yo no sé. En el sueño así pasó; como un sueño, miré un animalito en rastrojera; "¿qué será esa cosa?". Y la señora le dijo: "Usté es un bobo, en sueño pasa tanta cosa,

¿qué va a mirar entre rastrojo, hombre?". Él dijo: "Sí, mijita, que vamos a encontrar hoy, ¡uh!, vamos encontrar alguna cosa".

Por ai a las 12 del día, le dijo: "Coja canastro, mijita, vamos por la leña, a cortar". Y se fue el viejito allá. Le cortó un trozo de leña, arrajando. Y verdaderamente, ai mismo, entre el rastrojo, cerquita, estaba chillando como un animalito. Y el hombre dijo: "¿No le digo?, vea: oiga; ¿qué va a pasar ahora? Después de acabar de rajar to'a leña vamos a buscar ai". "¡Que va!", dijo la mujer, dijo la señora. "Que va; usté es un bobo, ¿qué va a encontrar ai?".

Entonces acabó de rajar; se trozó con un machetico a buscarlo. Verdaderamente algo estaba chillando ai; encontró un gusanito así, pintaito, bien pintaito. Dijo: "Mijita, aquí encontré un animalito. ¿No le dije, hija, de noche, que el sueño sí es verdad? Aquí lo encontré".

Y lo cogió en mano; se volteaba, se chillaba, se enroscaba ese animalito. Era como de una cuarta, bien pintaito, azules y rojos. Le llevó para la casa a las 5 de la tarde.

La señora dijo: "¿Qué es esa cosa, ese animalito?; ¿por qué no lo mata?". Él dijo: "¡Eh!, qué lo voy a matar, hombre; voy a ensayar a ver qué va a pasar. Vea, mijita, traiga un cantarito con agua, ponemos ensayo; si se ahoga es gusanito. Vamos a ver si es *Jepá*". Trajo un cantarito así, echó un poquito agua; echó el animalito ai, en la tarde.

Por la mañana, cuando amaneció, a 5 de la mañana, lo encontró lleno de agua; se llenó el cántaro, lleno, lleno. "Vea, se llenó de agua; ¿qué animal será este?".

Volvieron a guardar el cántaro. Al segundo día amaneció otra vez lleno de agua y el gusano más grande. Y el Jaibaná dijo: "Esto no va a ser otra cosa, va a crecer *Jepá*, creo que es *Jepá*".

En 3 días ensayó. Echó un poquito de agua y por la mañana se llenó, todo se derramó. La señora dijo: "¿Qué va a pasar con ese animal, por qué no lo mata?". Y él dijo: "Que matarlo; vamos a ver cómo pasa este ensayo, voy a llevar a aquel planito que tiene un charquito, poner en ese hoyo a ver". (Era en llanito como una batea que hay en *Jeguadas*; uste conoce, ¿no?). Lo echó en ese charquito; echó el animalito; sin ver nada ai.

A los 3 días, se fue a verle allá; lleno de agua se creció. Lleno, se llenó de agua.

Echaba comida para poder cuidarlo. Llevaba litrico de harina molida, echaba ai pa' que pueda comer animalito; le daba plátano, maíz, cualquier cosita.

A los 6 meses tenía como una vara de largo y el agua subía mucho. Se creció, se creció, se creció. Movía la cola como un pescado, con ese movimiento la tierra de la orilla se fue comiendo; voliendo así la cola, quite toda la tierra; el charco se creció.

En 4 años creció mucho y había un charco grande en ese llano.

Creció muchos años. A los 10 años, cuentan ellos, creció como 15 metros; más largo quedó. Y un charco grande quedó; esa batea todavía está en *Jeguadas*, ai. El viejo hizo un tamborcito de cuero de guatín; cada que lo iba a cuidar, tocaba el tamborcito: "Tam, tam, tam". Entonces venía a la orilla, sacaba la cabeza y él le daba la comida. Entonces él lo cuidaba: Echaba piedras, troncos de palo echaba ai, todo harinas, todo plátanos cortaba y echaba ai; así lo cuidaba.

Al viejo le dio ya pereza ir al llanito a cuidarlo y dijo: "Mas bien vamos a llamarlo con tambor pa' que venga al patio". Apenas tocaba el tamborcito cuando lo iba a cuidar, se levantaba el animal con el agua, venía hasta la casa y abría la boca. Entonces el *Jaibaná* echaba troncos de palo, carga, todo echando ai, ollas, cántaros. Cuando se llenaba ese animal, se iba al charco, entonces el agua bajaba, se mermaba, se emparejaba todo. El animal quedaba allá, callado, Así. Todos los días lo cuidaba así. Sin tambor no se movía.

El hombre tenía cuatro hijos.

Un día, tenía muchas ganas de comer pescado. Dijo: "Ve mijita, vamos a la playa del San Juan a secar brazo; ahora traemos pescaito para comer". Dijeron a los hijos que no fueran a tocar el tambor que estaba guardado en el zarzo y se fueron. Tenían criada una lorita, una lora mantenían en la casa.

Entonces un chiquito se puso a jugar, a tocar el tambor "Tam, tam, tam". El agua se creció. El animalote lleo al patio, abrió la boca. El chiquito no le dio comida. Era molestando, no más. Se volvió al charco.

Otra vez tocó el tambor. El agua se creció hasta el patio; llegó ese animalazo, abrió la boca. No le dio comida. Se revolvió, se revolvió. Como nada le dio, se fue al charco otra vez.

Por tercera vez tocó el tambor y vino. Y tampoco le dio comida. Entonces le dio rabia al animal. Comenzó a subir el agua, a crecer, ¡se creció! Llenó de agua, hasta arriba se alcanzo. Tapó la casa, todo se llenó.

No quedó nada, todo se tragó, ni un solo muchacho quedó. Se tragó todo, toda ropita, todo cántaro, todo animalito, marrano, gallinas, todo se los tragó vivos.

Entonces, estaban pescando, secando brazo, matando pescaito. Llegó volando la lora a la playa y dijo: "*Jepá, Jepá, cosí, cosí, banía, banía*". Entonces el hombre ya sabía que *Jepá* se había tragao sus hijitos. El viejo se asustó: "Mijita, por Dios, vamos más bien pa' la casa, parece que ese animal ya acabó todo".

Llegaron a la casa. "Sí, es verdad. Llenó de agua todo, hasta arriba alcanzó, ni un solo muchacho quedó. Todo está tragao". Así pasó.

Y después la viejita estaba llorando: "Sinvergüenza viejo que hizo cría de ese animal; ¿no le da tristeza, hombre? Se barrió toda la familia. ¡Ay, mis hijitos, por Dios! ¿Por qué pasarán esas cosas?".

Entonces al hombre le dio mucha rabia con ese animal. "¿Cómo matar ese animal yo? Qué tan bueno yo coger el cuchillo y me lo tragara yo también y le tumbara el corazón de ese animal". Iba y se metía en el charco y decía: "*Jepá*, que coma yo también". Pero el animal estaba resabiao, como dormido, no se movía... Cada rato decía: "*Jepá*, que coma yo también". Tampoco, ni abría la boca, siempre como dormido.

A lo último dijo: "¿Cómo hiciera yo?". Se fue a la casa y cogió el tambor. Tocó así: "Tam, tam, tam". Nada. Otro toque "Tam, tam, tam". ¡Qué va! Otro toque: "Tam, tam, tam". Ahora sí llegó con agua. Y dizque el *Jaibaná* le dijo: "Ábrase su boca, ábrase, ábrase boca". Y poquito la abría. A lo que

abría un poquito, un muchachito venía, así, por entre el animal, y se asomaba. El bregaba por cogerle la mano y ai mismo se lo tragaba otra vez y no lo dejaba salir. Entonces, ¿cómo iba a sacar?

Como a los 10 días, el viejo pensó así: "¿Cómo voy a dejar yo ese animal tan peligroso que he criado? No pude sacar mi familia. Aun cuando pierda mi familia, yo voy a trabajar, voy a echarlo al mar más bien. Si se queda aquí, nos traga a todos. Mejor más bien le voy a cantar". (Dicen que era gente sabia, que era un doctor de indios muy grande, era de antigua... parece, uno no sabe, yo no se cómo pasaba eso, cuentan mucho así).

Compró una olla de aguardiente y le puso banco de noche y le cantó. Cogió sus tragos, chichas fuertes, echó en banquete, y tomó; quedó borracho, cantando. Y lo llamó. Cantando como a las 12 en punto de la noche. Llamó... yo no se, que... que... que llamó a todos los... que a *Antumiá*, parece... que anteriormente decían... llamó al diablo, a *Antumiá*. Y habló con el: "Que echaran más bien a ese animal, que me tragó mi familia".

Entonces llegaron como 10 hombres silbando, que no eran como el cuerpo de uno, sino como de animal. Yo no se cómo eran esas cosas. Como silbando llegaron a ese charco.

Y le bregaron, cantando y cantando, toda la noche. Y ya casi al amanecer, a las 5 de la mañana, se lo arrastraron todo esos animales y lo levantaron por encima de la cordillera y lo echaron pa' allá, al río *Anquima*. Se movió por ese río, se marchó pa' abajo y llegó al río San Juan. Y siguió para abajo, a muchas leguas de distancia, acercándose al Chocó. Dizque en esa parte del Chocó que se llama el punto Conondó, en el punto en que llega otro río al San Juan, en dos Conotos.

Allí, el viejo dizque puso una tijera en el río. En Antigua contaban así, parece. Así la puso, un cangrejo grande que lo come a uno. Yo no se qué tan cierto será. Y puso una tijera más abajo. Y otra.

Reunió todos esos *Jepá*. Porque mucho *Jepá*. había, mucho animal de ese, también aquí. Otro *Jepá*. allí en *Jebanía* había, otro abajo en el San Juan, montones de *Jepá*. había. Y cuando los echó, dijo "que se va a ir p'al mar, abajo".

Y él mismo nombró, dice (yo no se cómo pasa esa cosa), dijo la palabra: "Quedar *Jeguada, Jeguada, Chata, Chata, Jebanía, Jebanía, Umaca, Umaca*". Se marchó, todo nombre pronunció.

Y abajo estaba la tijera. Unos *Jepá*. que no tenían culpa, pasaban y pasaban. Y el último, el *Jepá*. que tenía deuda pasó detrás, la tijera lo despedazó. De último llegó, pasó por encima, se traspasó, se cortó en la mitad. Y ai mismo murió *Jepá*. Y se perdieron también todos los muchachos ai.

Llegaron hasta el mar. En el mar, tan grande, qué va a aparecer algo. Ai se perdieron todos.

Así es la historia de ese *Jepá*. Hasta ai acaba. Y así pasó.

JINOPOTABAR EN LA LUNA Y EN LA "TIERRA DE ABAJO"

Anteriormente los antiguos contaban. Dizque la luna se brillaba mucho y de noche no dejaba dormir y la gente se aburría mucho. Parece que alumbraba como de día.

Entonces el hombre, *Jinopotabar*, que nació de la pierna de una mujer, aborreció a la luna porque brillaba como el sol y no dejaba dormir a la gente con tanta luz. La gente se entraba en la casa y no podía dormir.

Entonces, el hombre le dijo: "Si no deja de brillar tanto, la voy a tumbar". Ella no hizo caso; siguió brillando.

Entonces el hombre pidió que le cortaran una guadua, para sembrarla, y que alcanzara hasta el cielo. Cortó la guadua, la pusieron en una olla; la metió ai. Se subió a la guadua y le dijo: "'Súbbase hasta el cielo, súbbase". La guadua creció, creció y creció; mucho creció, hasta que llegó a la luna. Hasta el cielo se creció.

El hombre dijo: "Voy a ver si hago pelea con la luna". Con la guadua le alcanzó el puesto de la luna. Alcanzó allá.

Entonces el hombre y la luna hicieron un pleito. El hombre la cogió y le dijo que de allá la podía tumbar hasta la tierra, para que no quedara esa luna allá. Dice la historia que la luna era como una mujer gruesa; esa mujer era

casi igual como la tierra. Y no se dejaba tumbar. Lucharon mucho y no se dejó tumbar.

Al fin, viendo que no se caía, que brillaba mucho, el hombre le cogió la cara de ella y dijo: "Por alumbrar mas, voy a dañar tu ojo". Le hizo así, con las uñas de las manos, le tocó los ojos de ella, le dañó los ojos. Por eso ya casi no brilla, medio brillando no más, porque le dañó los ojos. Y así pasó.

Entonces la gente quería cortar la guadua. Le envidiaban por haber subido a la luna y ellos no podían. "Tumbemos la guadua para que no se pueda bajar más".

Él decía que esperaran que se bajara que él mismo la cortaba. Pero no esperaron y la cortaron. El hombre se quedó sentado en la luna, y como no había llevado comida, le dio mucha hambre. El hombre se quedó sentado, y pensó: "¿Qué voy a hacer? ¿Cómo voy a bajar?".

Pensó y pensó. Bajar en lana, de balso, y dijo: "*Mojaupuda, mojaupuda*, me hace el favor de llevarme hasta la tierra". Y ai mismo el hombre se brincó y se fue hacia el medio de la tierra, pero no alcanzó. El viento sopló muy duro por debajo y levantó la lana otra vez y la puso allá arriba otra vez. Se lo llevó hasta el puesto de la luna otra vez y él se volvió a sentar. Estaba como muy triste.

Como mucho rato pensó, pues, a ver cómo se bajaba, y pensó en cabeza: "Con piedra tal vez me lleva". Entonces dijo "*Monpará, monpará*, que me lleve a la tierra mía". Y ai mismo se brincó el hombre, se fue con *monpará* hasta la tierra, llegó y traspasó la tierra, se hundió: hasta la otra tierra de abajo cayó.

Allá vive otra gente distinta. No así como nosotros. Allá la gente duerme de día y sale a cazar y a rozar de noche. Se llaman *Dojura*.

Y cayó. Miraba la gente de una casa que veía. Llegó a la casa que veía y saludó. Entonces la gente llegaba a saludarlo: "Hombre, ¿usté de dónde viene?". "Pues hombre, yo había luchado con la luna, me fui allá; me puse a echarme como piedra y no pude, caí muy mal, pasé a la tierra de ustedes". Entonces en la lengua de ellos le decían: "*Chiabema, chiabema, dedadey*", decían así. Entonces lo cuidaron. Le dieron almuerzo. Le dijeron que

durmiera allí y que se quedara por ai cuatro días con ellos. Que se quedara cuatro días acompañando.

De día, el hombre era sentado en el corredor de la casa, solo, y los otros adentro, durmiendo.

El almuerzo de ellos no era como el de nosotros. Cuando iban a comer ponían olladas llenas de carne de monte: zaino, venado, etc. Pero cuando comían, no más aire comían, la carne botaban pa' fuera. Una olla grande bajaron y le dijeron: "*Chiabena, chi pu kui*", y el hombre se arrimaba; no podía comer. Decía: "Mejor no meto eso, nosotros no comemos ese viento, caliente, nosotros comemos pura carne con plátano". Entonces ellos ya supieron que quería comer carne y se la sirvieron con plátano. Entonces sí comía.

El día entero lo estuvieron cuidando. Más tarde, pues el hombre cuando come, pues ensucia, ¿no? Y así pasó y fue allá. Y un muchacho se fue detrás a ver qué iba a pasar allá. Entonces él estaba ensuciando, lo vio, una ensuciadera le vio. Llegó a la casa y le contó a toda la gente. Y dijo: "Papá, ¿cómo hiciéramos nosotros también? El hombre come almuerzo y va y se ensucia allí. Echar pa' fuera botando es mejor, papá. Nosotros no podemos, Apenas podemos echar viento no más; así no se puede vivir. ¿Por qué no le habla, papá? Podíamos curamos, usted puede curarse".

Entonces cuando llegó el hombre y se sentó en el corredor, un mayoría de ellos le habló: "Hombre, ¿usted cómo ensucia?". "Pues hombre, cuando nosotros estamos comiendo, el estómago no aguanta, entonces toca salirse pa' fuera a ensuciar: por eso nosotros como descansaitos vivimos". Entonces el hombre dijo: "¡Qué tan bueno que nos enseñara a nosotros! ¡Qué tan bueno que mi familia pudiera vivir como usted mismo, como la gente de arriba, así quiero yo".

Y entonces el hombre, antes de decirle, preguntó: "¿Cuántas leguas de distancia habrá por estos caminos para llegar a donde están los otros compañeros?". Entonces el hombre contestó: "Usted puede coger por esta cordillera y la atraviesa. Allá se encuentra otra persona que vive al otro lado. Vive allá, es cerca. Tiene mucho remedio, defenderse; él tiene mucho remedio. Onde me corte yo, ai mismo brinco pa' allá corriendo a traer ligerito remedio pa' poder curarme". Y entonces le indicó todo.

El hombre dijo: "Yo puedo curar, pero necesito una yerbita que crece en esa montaña alta de allá". Y señaló por donde le habían indicado el camino: "Tengo que ir a traer". Le dijeron que entonces curara. Trajeron un muchacho, un jovencito así. Para curarlo, lo puso así en cuatro patas; para curarlo con machete. Entonces lo chuzó por detrás y le abrió un hueco y tenía una sola tripa gruesa y como de un brazo de larga. Y apenas se rompió, salió solo aire, como soplando, viento no más salió pa' fuera, viento, viento, que se fue. Entonces ai mismo cayó muerto el muchacho y no tenía ni respiración. Se acabó ai.

Entonces el hombre se fue corriendo por el camino que le habían indicado y dijo: "Aguarden, mijitos, yo me voy ahora ligerito a traer remedio de allá, allá si hay una yerba pero muy buena, y la traigo al momento pa' que lo curemos". Y fue, el hombre se fue, como con miedo se fue. Y lo dejaron ir. Pero, ¡qué iba a volver! No volvió y el muchacho quedó ai muerto. Él se fue pa' otra parte. Y se fue.

El hombre *Jinopotabar* pasó la montaña y caminó mucho. Cuando llegó así, a un río. Venía atajándolo como un río, pero era como un cuerpo de uno que lo atravesaba como un charco y se llenaba. El hombre decía que no era capaz de ir. Entonces a el también le preguntó el camino: "Bueno hombre, desde aquí por dónde irá el camino". Entonces le dijo: "Allá vive otra persona, pero es muy mala y si no se avispa usted, lo puede matar ese hombre".

Llego a un volcán, un derrumbe, y se encontró un indio, un pescador pescando. Entonces arrió a esa playa y le dijo: "¿De dónde viene, hombre?". "Pues hombre, estoy muy perdido ya, ando por la tierra de usted. Yo había luchao con la luna y me tumbaron de allá; estoy perdido aquí, por aquí e'stoy andando yo. Hombre, ¿usted no me da posada?". "Posada si le doy. Entonces vamos juntos pa' la casa; yo llevo estos pescaos y a la tarde cenamos, comemos bien bueno, sabroso".

El hombre pensaba que era cierto. Lo llevó a la casa y le dijo que se sentara mientras hacía el almuercito. Y arreglo todo, echó el pescao en un cantarito para hacer el caldo. Después dijo que iba a echar maíz al caldo, y él estaba mirando, dizque era maíz, mentiroso, no era maíz sino pura berea, berea que partió por la mitad y la echó en la olla, dizque pa' hacer como colada de maíz; y así la echó. Entonces bajaron la olla. Y llamó al hombre: "Camine, vamos a almorzar, mijo, camine, vamos a comer pescao". Entonces ya vio el

hombre y le dijo: "No como yo; si de esa cosa comiera yo, me muero, ahora mismo, aquí; es muy peligroso, coma usted; no como, me aguanto así". Entonces, él dijo: "No coma, aguantará usted con hambre; y si no quiere comer, ahora vamos allí a jugar con un juguete mío, pero muy bueno; mijo, vamos a jugar ai si es bien verraco usted".

Entonces le dijo: "Pero mientras estamos jugando por ai, ¿el camino por dónde sigue?". "Ahora le indico por dónde, espere, ahora le digo".

Y llevó allá al pobre joven y era un volcán muy grande y le dijo que se tirara, que se rodara primero (pa' poder matarlo). Entonces el hombre no se metió. Entonces dijo el hombre: "Bueno, póngase usted a ver, ruédese a ver, yo veo, a ver cómo rueda su cuerpo de usted, yo miro". "Pues hombre, uno trabaja así". Y por una pendiente así, por un volcán se tiró el hombre, como piedra se fue, hasta abajo, al río cayó. Y ai mismo se despedazaba todo, el cuerpo se despedazaba. Y ai mismo salió pa' arriba otra vez, como mosco se iba arriba y al irse acercando ya el cuerpo tomaba figura otra vez, ya podía hablar. Y le dijo: "Ahora haga como yo, tantíe a ver". "No; no puedo, allá usted puede porque sabe. Tírese otra vez". Ya había preguntado por el camino, por dónde ir. Cuando el hombre se fue al volcán, ai mismo se fue corriendo, se fue corriendo. Y se fue corriendo y llego a esa parte en que vive *Chokorró*. El hombre se fue donde *Chokorró*, la gallineta y entró a la casa. *Chokorró* le preguntó: "¿De dónde viene, hombre?".

"Pues, señora, yo me vine aquí, estaba perdido; pues hombre, aquel hombre escapé de que me matara, quiere echarme en el volcán, quiere matarme, yo no sé". Entonces la mujer, que era muy robusta, le dijo: "Camine, mijito, acuéstese por debajo de este banquito, por debajo, escóndase, ese hombre es muy malo, a usted lo va a alcanzar aquí, lo va a matar a usted, ese hombre es bien matador, hombre, pobrecito hombre, métase por debajo, yo me siento aquí". Y la vieja se sentó ai.

Entonces, con la mano cogió un sentadero como de estos, como los de sentar así, que era grueso; estando sentada lo cogió en la mano. "Si viene el hombre, pobre, a matar a ese muchacho, lo tumbo al suelo, mijo". Entonces, al mucho rato de estar sentada ai, vino al camino corriendo el volcanero. Llego a la casa, bravo, y dijo: "*Chiabemaneska*". Entonces *Chokorró* dijo: "Aquí no ha llegado gente, no ha llegado gente. ¿Pa' qué aprovecharse?".

Él dijo: "Pendeja, lo acabo ahora, lo voy a matar, pa' eso me vine aquí". "Como así hombre, si quiere matar, máteme a mi, en favor de el muero yo, máteme". Y entonces ese hombre se puso a aporriar a la pobre mujer que estaba ai sentada, y se brincó a darle con cualquier palo, a la pobre mujer. Y entonces ella cogió ese sentador: "Pendejo, vos que me molestas a mi", y le dio en la espalda y lo despedazó, y entonces ai mismo quedó como en berea no más, su cuerpo como en berea quedó y no se formó el cuerpo como antes.

Entonces *Chokorró* le dijo: "Más tarde andará por las montañas, en un hueco grande, en un palo hará su casa y la pobre gente la tumbará para poder velarse, para hacer una velita; para eso sí sirve usted". Y se fue ciertamente, como moscos se fueron, montón de moscos se fueron a un palo grueso, hondo, y se metieron ai, puros moscos, hicieron la casa de ellos ai.

Y entonces, como era una mujer muy buena, pensó: "Pobrecito, tiene tanta hambre, bueno, ¿usted si va a comer almuerzo?". "Sí". Entonces era carne de tatabra, bien sancochada y la entregó a ese hombre. Y él siempre comió y ya estaba lleno. Entonces el hombre dijo: "Bueno, mujer, ¿usted no me da posaita pa' yo dormir?". "A la tarde lo conversamos". Entonces le dio posada. En esta hora, como a las 5, le preguntó el hombre: "Estoy muy cansado de este mundo de ustedes; andando, casi no llego allá; ¿cómo hiciera pa' llegar a mi casa? Desde aquí hay otra gente hasta allá". "Sí, de aquí también hay otra gente, también una mujer regular hay allá". "¿Cómo se llama esa mujer?". *Chokorró* dijo: Se llama *Surrú* (tórtola), es una mujercita delgadita, *Surrú*. De *Surrú* ya queda cerca su tierra", así dijo. Ah, entonces ya se contentó algo: "Mañana dormiré allá, pronto llegaré a mi casa".

Y de mañana, a las cinco, madrugó y caminó el día entero hasta allá; a las 5 de la tarde llegó a la casa de *Surrú* y durmió otra vez. Y a la tarde, después de la comida, le preguntó el hombre: "Bueno, *Surrú*, ¿por qué caminos anda usted?". "Hombre, yo ando por muchas partes, ayer me fui a andar por la mañana a buscar una cosita, y me llegué al rastrojo suyo; me fui a las 5 y a las 10 volví aquí; es muy cerquita". Entonces el hombre ya se contentó: "Ay, qué tan bueno que llegara a mi tierra, hombre". Y de noche pensando: "Mañana me llegaré a mi casa".

Se madrugó a las 5 y se fue. A las 12 en punto, parece que quedó como loco y no sintió nada, apenas vio una chorrera como la de él, una chorrera como la de nosotros, así, el caminito, así llegó. Se asustó; parecía como loco; abrió el ojo y vio que era la corriente del chorro de él, vio el caminito de él y ai mismo se contentó: "Qué tan bueno, llegué a mi tierra, este es mi rastrojo". Y de ai se fue, ya vio una casita, la casita de él: "Ve, qué tan bueno, llegué a mi casa, y ya oigo mi familia, allá están hablando". Y llegó ai. Y se asustó la mujer. "¿De donde venía?". El hombre dijo: "Estaba muy perdido".

DESTRUCCIÓN DE CARTAGO POR UN JAIBANÁ

Voy a decirle esta historia. Era un indígena, doctor de indígena, que vivía en el río Águita. Se llamaba Josesito Chigamá. Y se fue al Valle del Cauca; como tres años vivió el hombre allá. Entonces los indios del Valle del Cauca le contaron de esos cuentos. ¿Quién sabe si es la verdad?

Era un hombre brujo, doctor de indio; era muy sabio. Mataba muchas personas, hasta niños y niñas, acababa hasta mujeres y hombres. Entonces los compañeros del Cauca pusieron denuncia al pueblo de Cartago.

Entonces el señor Alcaldía mandó policías pa' poder coger al indio. Entonces lo cogieron, un brujo que era muy sabio y le trajeron a Cartago y le metieron al calabozo. Señor Alcaldía dijo: "Está acabando mucha gente, muchas personas, y voy a castigarle muy duro a usted; no lo largamos, tiene que quedar ai, tiene que sufrir bien".

Entonces el doctor lloraba, lloró mucho. Entonces el hijo de él tenía 30 años de edad, también era sabio.

El señor Alcaldía dijo que más bien mataran al brujo para que no matara tanta gente, que pusieran un hoyo en la tierra, echaran petróleo ai y entonces que al pobre doctor lo echaran ai pa' poder quemarlo. Entonces le dijeron: "Mañana vamos a quemarlo a usted en el hoyo, porque se está manejando muy mal".

Entonces el pobre viejo lloraba mucho. Llegó el hijo, le preguntó: "¿Si es verdad, papá, que le van a quitar la vida suya mañana, que le van a quemar

en ese hoyo? Qué tan malo que usted se muera". El viejo le contesto: "Pues hijo, yo no voy a morir, solo no muero yo, mañana vamos a ver".

Y a la noche, el muchacho le dijo al papá: "La vida tuya mañana; entonces, ¿qué vamos a hacer, papa?". "Pues hijito, hoy noche vamos a trabajar verdaderamente como hombres y mañana como a las siete del día es que me van a matar". "Bueno, papá, ¿cómo hago yo?". "Pues yo voy a enseñar a usted: Váyase a la galería, cómprese como doce docenas de huevos y a la noche trabaje por encima de la ciudad, poniendo, pero con un bordón, poniendo el hoyo, haciendo hoyos; en cada hoyo de esos ponga cinco huevos, hasta cinco huevos, pero a la cabecera de esta ciudad. Y entonces ai mismo se echa todo y mete el bordón en tierra, que lo mueva, en cada hoyo va moviendo. ¿A ver?, mañana verán si voy a morir. Si hizo todos esos hoyos y echó huevos, entonces ai mismo irá subiendo pa' arriba el agua en cada hoyo. Y de la mañana, estarán llenos los hoyos con agua".

El papá dijo: "Entonces, déjate y verás ahora". Y el hijo: "¿Cómo vamos a trabajar?" Entonces, el papá dijo: "A la tarde, hágase un tamborcito de cuero de *bokorró* y el otro cuero de *mamboré*; haga el tamborcito. Cuando oscurezca va a caer mucha tempestad; grite y tóquese este tamborcito y verá cómo va a pasar". Entonces dijo: "Bueno, papa, ¿a qué horas?". "Mañana, como a las 7, me van a quemar; aguarde". Entonces durmieron y amanecieron.

Y de la mañana, el papá viejito llorando. El hijo dijo: "No llore". Entonces, si es la verdad, pobre indio, a las 7 de la mañana le cogieron pa' echarle en ese hoyo, quemarlo; pusieron petróleo, pa' quemarlo. A lo que estaba bien amarrao, lo estaban llevando, un sacerdote los encontró en esa calle, y les dijo: "Hombre, ¿usted por qué no perdona al indio? ¿Qué pasa? Y si ustedes no van a perdonar, ¿quién sabe? No tenía causa, ni delito, y lo van a matar". Y ai mismo mando decir el papá: "Brinca, hijo, que se llegó la hora, te vas arriba de esta ciudad, me van a matar ya, tócate ese tambor".

Entonces el muchacho sintió ya ese tambor bien duro, le echó mano y ai mismo un rayo cayó del cielo, pero fuerte, como dos veces cayó, y la gente se aturdió. Entonces la Alcaldía dijo: "Es mejor largar a ese preso, si no perdonamos ese preso, quién sabe quien está echando esto; ese es mi dios que va a castigar porque ustedes van a echar a quemar a un pobre indio; por eso es que va a castigar".

Y ai mismo se oscureció el sol, el pueblo estaba muy oscuro ya, echando rayo encima, fuertemente echando; y el muchacho se brincó y se fue pa' arriba, junto al hoyo. Y entonces ai mismo cogió un bastón, dos bastones, los metió en la tierra y ai mismo decía, movía así: "Muévase esta tierra, malditos esta tierra, muévase, acabaremos este pueblo de Cartago". Y, entonces, cuando movía esos bastones, ai mismo se tembló la tierra como así, fuertemente tembló; tampoco no perdonó, y con tanto movimiento, el agua se subió pa' arriba y corrió hacia la ciudad. Moviéndose la tierra. Entonces el agua se está cargando, se va cargando y a lo último, en un llanito había una capilla iglesia, entonces la chorrera se juntó allá, entonces ai mismo llegó de primerito, tumbó la iglesia y la hundió. El agua se fue pa' allá y se llenó otra vez, entonces ai mismo va hundiendo, va hundiendo, hasta que a la mañana se acabó la ciudad, ninguna casa, apenas lleno de agua no más apareció así a la mañana.

Y entonces el hombre viejo se fue corriendo y dijo: "Camine, hijito, vámonos a esa montaña, que donde nosotros estamos se acabó todo. Por eso decía a usted que quedamos como hombres de verdad; eso es lo que quiero yo". Y se fueron por allá lejos de esta tierra, allá fueron a vivir hicieron rancho allá, allá vivieron con todo y familia.

"Pero yo soy una cabeza muy grande, hijito, para que nadie venga detrás de nosotros; dejamos allá en los llanos moviendo la tierra, dejamos eso". Cada blanco que va a esos llanos moviéndose, ai mismo se loquea y se va pa' la casa otra vez, entonces no puede coger a nadie, vivimos así.

Y entonces de otro pueblo decían que ese no era castigo de Dios, eso no era castigo; era porque ustedes habían castigado a un indio que es sabio, entonces el hundió todo el pueblo por culpa de querer matarlo. Mejor hubiera sido que no hubieran molestado a ese hombre, pero como lo hicieron, se acabó Cartago.

Entonces otra alcaldía mandó cogerlo otra vez y meterlo preso. Y cuando llegaban al llano para ir donde él, entonces ai mismo la tierra temblaba fuertemente y el pobre blanco al suelo caía como loco. Se iba otra vez pa' la casa, pa'l pueblo y no podía andar más. Se loqueaban mucho. Y así pasó.

HISTORIA DE CÓMO LOS ESPAÑOLES EXTERMINARON A LOS INDIOS

Anteriormente los indígenas hacían cuentos, historias. Los mayores contaban así, estando yo sentado cerca ai; contaban.

El hombre viejo llamaba Paulino Siágama y era de Antigua. Él estaba contando y yo atendía algo la palabra de él. Él le contaba a toda la familia: "Vean, hijitos, nosotros anteriormente teníamos riqueza". Y el muchacho preguntaba: "¿Cómo, papá?". "Pues mijito, estamos tan pobres ahora, pero nosotros también teníamos riqueza". "¿Qué riqueza, papa?". "Pues mijito, teníamos tanto oro, teníamos nosotros". "Vea, papá, entonces esa riqueza, ¿qué pasó, pues?". "Pues esa riqueza, los españoles la quitaron toda, y se lo llevaron todo; entonces nosotros quedamos tan pobres".

Entonces el viejo contaba: "Vea, hijo, con ese asunto nos acabaron a nosotros; la raza de nosotros toda la acabaron; aquí había mucha gente y la acabaron; solo un poquito quedó, para crianza, pero escondidos en las selvas. De esos que quedaron, sacó la raza, resultó los que hay aquí". Entonces el muchacho preguntaba: "Bueno, papá, con los españoles, ¿cómo pasaba?".

"Con los españoles, ¡ay!, vea mijito, por Dios, uh, nosotros sabemos pues, ellos nos hacían sufrir mucho. Ciertamente en Colombia a nosotros los españoles nos habían matado siempre; así cuentan la historia los viejos de Antigua. Los españoles venían en muchas guerrillas aquí, a esta tierra de acá; y venían. Pero ese día vinieron también a... a San Juan".

Los indígenas vivían en el río San Juan abajo, en un llano había una poblacioncita de los indios. El que mandaba se llamaba cacique, gobernador de indígenas; él mandaba como bien. A una parte de los hombres que no se manejaban como bien, el cacique los cogía para un castigo, les daba rejo, los corregía; entonces ya obedecieron, casi no mataban, a las personas y se manejaban muy bien. Era antes de venir los españoles.

El cacique recogió a todos los vecindarios para que le ayudaran a él. Les decía que iban a llegar los españoles. Que ellos llegarían pa' acá, a esta región de aquí, del San Juan. "Da tristeza, hombre, por Dios, van a acabar con nosotros; ¿qué hacemos?" Y decían: "¿Qué vamos a hacer, mijito, por Dios? Ya no hay defendederero, nosotros nos vamos a acabar. En todas partes nos están acabando, solamente falta aquí no más para acabarnos a todos".

Y entonces detrás llegaron los españoles; y cayeron las envidias sobre los pobres indios y por todas partes se estaban acabando.

Entonces ai tenían armas de flecha; lo que tiraban así, no era con boca, tiraban así, con arco. Y llamó a todos y llenaron toda esa poblacioncita. Entonces, yo no sé cómo es, no sé si es verdad, la pelea llegó; todos los hombres tenían arma, los que no tenían flecha, tenían una vara, así gruesa.

Entonces, más tarde, llegó razón, dizque: "Va a venir un padre sacerdote de los españoles, que va a llegar a San Juan, va a hacer misa". Que se recogieran todos los indios vecinos en la capilla a oír misa. Entonces el cacique mandó que se reunieran todos los vecindarios para oír misa, pero "ojo, muchachos, que no es a oír misa, mañana la vida de nosotros van a quitar, yo creo que no vamos a oír misa sino que la vida de nosotros van a quitar".

Otro cabildo mandó, aconsejó al hombre, dijo: "No vayan a entrar a la capilla sin arma; a los que no tengan arma que corten una vara de palo, palo fino, de pronto pa' podemos defender. Ojo, muchachos, morimos también como hombres, no nos dejemos matar, el otro igual tiene que morir también ai". Entonces ellos les obedecieron y cortaron palos de los mejores y armas finas, para defenderse.

Entonces, ya de mañana, a las 5 de la mañana mandaron razón de allí, de Pueblo Rico, que venían ellos de allá, decían que a las 5 de la mañana alcanzaban la población del San Juan, indígena. Entonces los indígenas ya sabían que ya venían, ¿no? Entonces se entraron a la capilla.

Una viejita, mama de él, viejita, andaba con bordoncito, edad de 80 años tenía. Entonces le dieron razón: "Vea mamá, coja esa hacha en la mano y párese detrás de aquella puerta que nosotros vamos a cerrar; quédese aquí al pie de la puerta y si de pronto viene la gente, los españoles y nos echan bala a nosotros, abre, déle con el hacha a esa puerta pa' poder abrir, entonces nosotros de allá brincamos pa' fuera", y así pasó.

Bueno, entonces por ai a las 7 el padre entró a la capilla haciendo misa y se reunió toda la gente por ai. El padre cerró la puerta de la capilla y se quedaron ai, oyendo misa.

Como a las 8 de la mañana oyeron música de tambores y de corneta, venían los españoles por esa cordillera que llaman Alto de San Juan. Las gentes de la capilla entendieron: "Ya vienen los españoles, ya van a acabar con nosotros". El cacique dijo: "¿No les dije, mijitos, por Dios? Oigan la música, allá vienen, la vida de nosotros allá está". Entonces le temblaba el cuerpo al hombre, al pobre indiecito le temblaba el cuerpo.

Los que llegaron cercando fueron mas de 500 personas; le dieron balazos a toda la capilla. Llegaron a ese pueblecito los españoles, llegaron con fusiles de bala y tumbaron la iglesia.

Entonces la viejita que estaba parada en la puerta con el hacha, dijo: "Pobre mi familia, que la van a acabar... pero primero me muero yo". Le dio un hachazo a la puerta y ai mismo la tumbó y se brincaron pa' fuera toda la gente.

Echando bala ellos, con machete también echando, entonces los indios se defendían con una vara de palo y les daban garrotazo en la cabeza, en cualquier parte les daban, entre cuatro personas le daban a cada una, venía una flecha pa' acá, venía otro con un garrote de palo, brincaban en el patio, en la placita que la iglesia tenía. Y los españoles tirando con fusiles, con revólveres, con machetes. Un indio se defendía no más con un garrotazo, con un machete a la traición le daban por detrás, el otro al español le daba con un palo en la cabeza y se iban al suelo; otro caía al suelo alcanzado por un flechazo. Y a lo último mataron a la viejita, a la que rompió la puerta; a la viejita la mataron también ai. Ya a todos parece que los van acabando.

Y después, a las mujeres también las estaban matando y entonces ellas, al padre misionero que estaba haciendo la misa y estaba por ai... le dijeron: "Ah, este padre misionero, que nada más llegó aquí pa' engañarnos a nosotros y que nos acabaran. Sinvergüenza, ahora lo vamos a matar a el también. Mujeres, no perdonen a ese padre, denle garrotazos, mátenlo; maldito misionero". Y entonces, las mujeres le dieron garrotazos en la cabeza al padre y lo mataron ai mismo en la capilla. Y se brincaron pa' fuera, defendiéndose con un palito, con garrotes.

Si es la verdad o será historia que. . . que era cierta, tal vez. Entonces esa capilla tenía una virgencita hecha de la mano de los caciques, estaba guardada. Entonces el cacique la cogió a esa virgencita y la llevó a la manga, en donde había una mata de naranjo y la metió en esas raíces y dijo:

"Más tardecito llegarán aquí los blancos colombianos y encontrarán esta virgencita; si encuentran esta virgencita la podrán llevar en otro barco. Y después, por esta imagen, recordarán que aquí verdaderamente acabaron con todos los indios". Entonces, a lo último, alcanzaron con fusiles al cacique y lo mataron, a él, que mandaba a los indígenas. Y acabaron con los muchachos chiquitos por parejo. Y el santico quedo ai. Pero los indios siempre acabaron la mitad de los españoles, también los mataron.

Los españoles, entonces, se robaron toda la riqueza, se la llevaron pa' ellos, no dejaron nada, se llevaron todo. Teníamos mucho oro, muchas cantaradas de oro; todo eso se llevaron, barrieron, se lo llevaron. La mitad de los españoles murieron lo mismo que los indios y la mitad se fueron pa'' fuera. Y ya todos los indios se habían acabado.

Parece que quedo así, que ya no quedaban indios, los habían barrido a todos. Quedaban los que se fueron de huida en el bosque, que se fueron por allá lejos. Y de esa raza de nosotros había escondida en la montaña; de esa raza quedaron muy pocos, escondidos. Y se quedaron muchos años por allá, escondidos; salían por allá al pueblo, buscando salecita, ropa, pero con mucho miedo.

Más tarde, muchos años, vinieron blancos otra vez a la playa del San Juan, que era muy bonita; entraron socolando, tumbando, y en la socola se encontraron una mata de naranjo y en ese naranjo encontraron una virgen imagen y la recogieron y se la llevaron pa' Pueblo Rico. Mi papá contaba que dizque es imagen de antigua y que todavía esta en Pueblo Rico, arreglita. La imagen no se acaba. Así me contaba.

Entonces, ya libertó Simón Bolívar. Echaron a los españoles. Entonces con los blancos de aquí no pasaba nada. Cuando vinieron los blancos de nosotros, los colombianos y no pasaba nada, entonces los indios del bosque se retiraban pa' cá, a vivir más bien cerca de los blancos. Entonces ya quedaron bien y no pasaba nada.

Entonces, así pasó. Ai le acabe la historia.

HISTORIA DE LA VENGANZA CON FLECHAS CON VENENO DE RANA
AMARILLA

Bueno, otra historiecita voy a contarle. Fue esto: ocurrió a mi papá, Juancho Nengarabe, y al cuñado de él, que llamaba Andrés Avelino Siágama, el abuelo de Toño Dobígama.

Se fueron al río Águita a un barequeo, a trabajar allá. Eran casados. Fueron a la parte que llama *Bidúa*, en el río Águita. Ellos trabajaron allá como un mes, trabajando, barequiando, sacando orito. Ellos no sabían nada de que les iba a venir un blanco detrás.

Y a los pocos días, resultó un blanco; Felipe Ruiz dizque se llamaba ese. Llegó como a las 12 del día donde los trabajadores que venían para la casa a almorzar, para seguir después con el trabajo.

Antes, los trabajadores habían sacado el orito. En una tacita lo estaban calentando en el fogón pa' poderlo pesar. ¿Cuanto orito sacarían hoy? Entonces ai mismo llegó el blanco.

Andrés y mi papá estaban pesando. Cada uno pesó dos castellanos de oro. Y el blanco mirando así. Entonces, cuando ya pesaron todo, Andrés lo guardó en una petaquita, la cerró y la amarró arriba.

Entonces, el hombre blanco le preguntó a Andrés Siágama: "Bueno, Andrés, usted tiene mucha deuda conmigo. El negocio del perro todavía no me lo ha pagado, todavía debe mucho". Entonces el indio le contestó: "¿Como así? Yo ya le había pagado antes las cuentas de ese perro, yo no le debo a usted me quiere hacer un robo al estarme cobrando. Yo no le voy a pagar porque ya le había pagado".

Entonces al blanco le dio mucha rabia y le dijo que... que... "Si no paga mi deuda le daré un peinillazo". El indio le contestó: "Si es tan verraco bien puede tirarse, puede tirarse, usted no sabe cómo soy yo". Y entonces ai mismo les dio rabia a los dos. El blanco cogió la peinilla y le dio un planazo. En esos días, los indios no cargaban machete a la cintura, no era como ahora, no eran muy brutos, los hombres no cargaban machete. Entonces, cuando le dio el planazo, Andrés se brincó a buscar un machete viejo que estaba guardado; lo sacó y siguieron la pelea.

Al mucho rato de estar peliando en la sala de la casa, como el blanco tenía un machete largo, le tumbó el machete al indio, se lo tumbó al suelo. Y ya lo estaba alcanzando a peinillazos cuando Andrés se brincó pa'l patio. Y el

Felipe Ruiz se brincó encima del indio, y éste, debajo del subterráneo, no tenía como defenderse.

Antes se había brincado mi papá y estaba retirado, parado con una vara en la mano, con un palo. Entonces, mi papá la tiró pa' lla; "dale con este". Entonces Andrés cogió ese palo y siguieron la pelea, por mucho rato siguieron la pelea.

A lo último, el indio le tumbó el machete de la mano al suelo, y le alcanzó el cuerpo también, dándole un juetazo con el palo. Entonces el blanco se paró y le dijo: "Andrés, usted es bien guapo, usted es muy valiente, me ganó, pero no le hace. ¿Qué voy hacer yo?". Y con mucha rabia quedaron ai.

Entonces, venían los dos peones terciando, porque traían muchos tragos de aguardiente pa' poderse "prender" ai; una garrafa así de grande habían traído. Entonces el blanco quedó con mucha rabia y le dijo al peón de el: "Bueno, hombre, muchacho, tercié, vamos para abajo, para *Bequé*, allá dormimos". Y los peones cargaron los tercios y se fueron pa abajo.

Entonces a Andrés le gustaba mucho tomar el vicio; había sudado mucho y tenía sed, y le dijo a mi papá: "Vea, cuñado Juancho, alcance a ese hombre allá abajo, alcáncelo en el camino y me compra dos litros de aguardiente. Yo tengo muchas ganas de tomar, yo quería comprarle, pero él me tiró mucha pelea". Le dijo: "Don Felipe, hágame el favor de venderme dos litros de aguardiente; Andrés me mandó". "Ah, bueno, que compre", y se los entregó. Entonces ai mismo estaba parado el indio peón de él y callaito habló con mi papá: "Vea, Juancito, ¿por qué hoy mismo por la tarde no se van pa' la casa de ustedes?; ahora aquí en el camino hablaron con los compañeros de ellos que dizque mañana van a ir pa' Puerto de Oro y van a matarlos con toda la cría, la familia, y van a echarlos en el río. Vuélense hoy mismo que, si no, acaban con ustedes mañana".

Entonces llegó a la casa, entregó los dos litros a Andrés y se los tomaron. Después, mi papá dijo: "Andrés, vámonos pa' bajo ahora, que mañana van a subir a acabarnos con toda la familia, nos quieren echar al río; vámonos pa' bajo".

Pero Andrés quedó cojo de una pata de brincar al patio; cojo quedó. "Pues hombre, vamos a la tarde despaciecito a ver, vamos a dormir abajo". Y a las 5 llegaron al rancho de abajo. Y entonces dejaron el rancho bien limpio, lo

limpiaron con machete, por si de pronto viene y de noche va a seguir la pelea otra vez más. Y casi que no durmieron; sin dormir amanecieron.

A las 5 de la mañana, cogieron el camino pa' venir pa' ca. Y llegaron a una partida que venía pa'ca, y el derecho se iba pa' bajo, pa'l río, pa' irse pa' *Bequé*. Llegaron ai. Entonces Andrés dijo: "Juancito, lléveme mi muchachito adelante, lleve mi mujer adelantico, yo me quedo aquí". Entonces mi papá le dijo: "No, cuñado, no vaya a hacer esa cosa hombre, se hace encarcelar, ¡eh! es muy malo. Más bien vámonos derecho pa' la casa. Así si no se da cuenta". Entonces Andrés contestó: "No, cuñado, no voy, voy a quedarme aquí más bien, el día entero o hasta la una me quedo aquí sentado, hasta que venga él. Vamos a pelear otra vez aquí".

Entonces mi papa cogió el caminito, echó primero a las mujeres que traía. Cuando ya iba llegando al alto de la Cordillera de *Currumay*, subiendo, llegó a esa cordillera un compañero que venía por el otro camino desde *Bequé*, se topó con mi papá y le preguntó: "'Juancito, tu cuñado Andrés Siágama, ¿dónde está?". "Pues, hombre, mi cuñado está aquí arriba, de pronto volaron dos animales por ai y él se metió detrás de ellos aquí arriba". Y entonces adelante se fueron ellos.

Entonces aguardó ai, aguardando al hombre blanco, que no subió, tal vez subiría más tarde. Como a las 12 en punto, ya casi no aguantaba el hambre, entonces cogió las flechas de la cerbatana, pero no para tirarlas, sino que las enterró, las puso ai en el camino y las tapó con tierrita y con hojas, puso el veneno en la tierra pa' que andara por ai y pisara por encima. Como doce virotazos puso, doce dejó, ai mismo los dejó y se fue por el camino hasta llegar a las cercanías del colegio. Llegó hasta allá.

Entonces, mi papa había llegado donde el papá de él, que era alcalde en esos días, y él le preguntó: "Bueno, yerno, ¿dónde dejaron a mi hijo Andrés?". "Pues suegro, tu hijo está pensando muy mal; ayer pelió con Felipe Ruiz y se quedó en el camino dizque pa' envenenar al hombre, lo quiere matar y se quedó". Al viejo le subió rabia y habló bastante: "Qué tan bueno, hombre, que se viniera pa' aca". Y el viejo estaba con mucha rabia sentado por ai.

Como a las dos de la tarde llegó; y el papá le preguntó: "Andrés, ¿usté peleó ayer con Felipe?". "Sí, papá". "¿Qué hubo, si le dio flechazo?". "No, papá, el hombre no subió; apenas puse en la tierra, la envenené y deje ai pa'

que pise por encima". Entonces el papá dijo: "Hombre, Andrés, ¿por qué hace eso usted?". Entonces le dijo a la señora de él: "Vea, mijita, Cuncia, déle harinita a su hijo pa' que se vaya otra vez ahora mismo pa' allá a quitar ese veneno". "Bien pueda".

Y ai mismo con fuerza lo mandó a las tres de la tarde. Se volvió otra vez pa' esa cordillera, pero tan largo, ¡por Dios! Llegó al sitio en que puso como a las 5 de la tarde. Llegó allá. Y miró la tierra envenenada donde puso el chuzo y ya había pisado por encima, todo por encima estaba pisado por encima. Entonces ai mismo lo buscó por el camino, más arribita, pero el envenenado casi no andó; se volvió pa' abajo por el otro camino de *Bequé*, por allá siguió. Entonces bajó, se fue buscando a *Bequé*, se fue pa' abajo. Pero con mucho veneno.

Entonces hasta allá llegó. En *Bequé* vivía el indio que llamaban Mamancio. Dizque el hombre aguantó hasta allá y llegó donde él. Venía de muerte el hombre. "Ay, Luis Mamancio, cúreme hombre; yo me estoy ya muriendo, Andrés Siágama me envenenó; me está matando. Vea, mire mi pie, vea tantos chuzones; vea mis manos, tantos chuzones. Andrés Avelino me va a matar. Sálveme de todo este veneno, sáquemelo". Entonces con un cuchillo le sacaron todos esos chuzos de las manos y de los pies y los echaron en un papel amarraos, y los pusieron en el carriel, pa' poder hacerlo encarcelar.

Y el indio, siguiéndolo, como a las 5 alcanzó allá. Y se volvió otra vez. Tuvo que venirse por esa cordillera; como a la una y media de la noche llegó a *Memendé*, cerca al colegio. Llegó allá. Entonces el hombre se murió por el veneno.

Entonces, aguardaron. Ya hacía una semana que habían traído el oro. Andrés le dijo a mi papá: "Bueno, Juancho, vámonos esta semana pa' Apía, de pronto nos cogen a nosotros y las mujeres quedan sin ropa; así no se puede. Vamos a entregarles ropita pa' que puedan sostenerse las mujeres. "Creo que van a cogernos a nosotros".

Entonces hicieron bastimento y fueron a comprar ropa; se fueron hasta Apía. Y en Apía comprando ropa y antes el sumario ya lo habían trabajado; en este río San Juan tenían corregiduría y ya habían hablado hasta Pueblo Rico y hasta Apía. Ellos, sin saber, compraron ropa en Apía y se vinieron a dormir a Pueblo Rico.

A Pueblo Rico llegaron muy tarde, como a las 5 de la tarde llegaron y compraron carnita, hicieron sancochito, echaron platanito. Entonces llegó un policía y les pregunto: "Bueno, muchachos, ¿ustedes qué están haciendo?". "Pues, hombre, señor, haciendo almuercito, comidita pa' comer ahora a la tarde, mucha hambre". "Bueno, mijo, que hagan ligero, que cocinen ligero pa' que puedan comer". Y se fue. Y cuando estuvo hecho el sancochito, lo bajaron y comieron, y cuando acabaron de comer se iban a acostar y pusieron la cama, pa' dormir; y llegaron dos policías, pero bravos: "Levántense muchachos, los necesitan a ustedes en la oficina del señor Alcaldía. Con canastico, con la maletica, todo, pa' poder dormir allá".

Entonces, por la fuerza, adelante, se los llevaron allá a hablar donde el Alcaldía. Entonces allá hablaron: "Bueno, Andrés, ¿fue ciertamente usted quien hizo una pelea con un señor Felipe Ruiz de Chamí, y la pelea fue en el Águita y usted lo envenenó y lo mató?". Ai sí, los pusieron en el calabozo a amanecer. Ah, sufrió mucho.

Y a la mañana lo echaron pa'l río San Juan, en donde había un pueblecito, lo trajeron ahí, bien amarrado. Y ai le pusieron todo el sumario y le comprobaron. Bajaron todos los indios y comprobaron: "Ciertamente, la verdad es que Andrés mató al hombre. El hombre llegó donde mi y le sacamos el veneno y se murió y ai mismo lo enterramos; fuimos testigos". Entonces juraron ai, ¿qué iban a hacer?

Pero en esos días pa' castigar no era como ahora, cuando hacen alguna cosa lo llevan a Pereira. En esos días castigaban muy duro y lo mandaron al Chocó, lo mandaron a Quibdó; en Quibdó sufrió. Lo echaron hasta, ¿cómo llama ese?, Itsmina, en Itsmina pocos días estuvo y después lo echaron por el Pacífico abajo, en el mar. En el mar también sufrió; lo echaron pa' arriba, a otro sitio, a Bahía Solano; en Bahía Solano sufrió otro año. Y ya lo echaron pa' Buenaventura; en Buenaventura sufrió otro año. Y de ai lo echaron pa' Cali y estuvo también un año. Después lo echaron hasta Popayán y allí ya se enfermó, muy enfermo, ya casi de morirse, con fiebres, con dolores, la vida así le enfermó.

El gobernador de Popayán no gustaba del indio, no le entregaba ni almuerzo ni comida, ni pocillado, casi de morirse de hambre. Lo echaban al agua, le metían la cabeza en el agua pa' que se ahogara y sufrió mucho y pasó mucha hambre.

Entonces pidió que lo remitieran otra vez pa' Cali; entonces el gobernador de Cali lo volvió a recibir y vino allá. Entonces allá sí, cuando lo pusieron en el hospital, se levantó el hombre, se puso a trabajar por ai, trabajando, dos años trabajó allá y lo libertaron. Llego a la casa. Siempre sufrió mucho el hombre.

VOCABULARIO

Apía: Población de Risaralda. De *abi* = nutria y *ea* = alto. Alto de la nutria.

Anquima: Río afluente del San Juan. Sexo de la mujer.

Antumiá: Señor de los espíritus; madre del agua.

Banía: Agua.

Bequé: Lugar. Río afluente del Águita. Especie de árbol.

Bidúa: Lugar, vereda. Árbol que crece a las orillas del río, especie de *pichindé*.

Conondo: Río afluente del San Juan.

Cosí: De *koi* = comer. Se los comió.

Currumay: Río afluente del Águita. De *kuruma* = piedra de moler. O de *kirruma* = chaquira.

Chamí: Río afluente del San Juan. Aguacatillo. Gentilicio.

Chokorró: Gallineta de monte, especie de perdiz.

Dojura: De *do* = río y *jura* = contrario. Habitante del mundo de abajo.

Jaibaná: Antiguo brujo y curandero. Actúa por poder sobre los Jai o espíritus. De *Jai* = espíritu y *banía* = agua. Espíritus del agua.

Jebanía: Lugar; vereda. Puede venir de *Je* = boa y *banía* = agua. Lago o agua de la boa. O también de *Je* = boa y *anía* = mucho. Sitio de muchas boas.

Jeguada: Región geográfica; vereda. De *Je* = boa y *uanda* = vámonos, quiere decir: vámonos boa.

Jepá: Boa anaconda.

Jinopotabar: Héroe cultural. De *hinopitu* = pantorrilla.

Konondo: De *konon* = turbio y *do* = río. Río turbio.

Memendé: Lugar. De *meme* = macana y *de* = casa. Casa de macana.

Mojaupuda: Lana de balsa.

Monpará: Piedra.

Quildó: Quibdó. Capital del Chocó. De *kiddo* = cucaracha.

“Secar brazo”: técnica de pesca. Se hace un pequeño dique con piedras para rebalsar el río y detener los peces. Luego se disuelve barbasco en el agua y se recogen los peces atontados o muertos.

Surrú: Tórtola arrulladora, codorniz.

Umaca: Lugar; vereda. De *uma* = tórtola.